

DIVERSIDAD METODOLÓGICA EN LA INVESTIGACIÓN PSICOSOCIAL

Mónica Ayala-Mira
Gloria Elizabeth García Hernández
(Coordinadoras)



Universidad Autónoma de Baja California
Sociedad Mexicana de Psicología Social A. C.

Esta investigación fue dictaminada por pares académicos

©D.R. 2018 Mónica Ayala-Mira y
Gloria Elizabeth García Hernández

Diversidad metodológica en la investigación psicosocial / coordinadoras,
Mónica Ayala-Mira y Gloria Elizabeth García Hernández.--
Mexicali, Baja California: Universidad Autónoma de
Baja California; México, Ciudad de México.:
Sociedad Mexicana de Psicología Social, 2018.
339 p.; 21 cm.

ISBN: UABC 978-607-607-446-6
ISBN: SOMEPSO 978-607-98044-0-4

1. Psicología social-- Metodología. 2. Investigación social --
Metodología. 3. Ayala-Mira, Mónica, coord. II. García Hernández, Gloria
Elizabeth. III. Universidad Autónoma de Baja California. IV. Sociedad
Mexicana de Psicología Social.

HM1033 D58 2018

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reeditada, reproducida
en forma electrónica o impresa, fotocopiada, ni utilizada con fines de lucro sin
la autorización por escrito del editor y/o el autor

Impreso y hecho en México / Printed and made in Mexico

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

Dr. Juan Manuel Ocegueda Hernández
RECTOR

Dr. Alfonso Vega López
SECRETARIO GENERAL

Dra. Blanca Rosa García Rivera
VICERECTORA CAMPUS ENSENADA

Dr. Ángel Norzagaray Norzagaray
VICERECTOR CAMPUS MEXICALI

Dra. María Eugenia Pérez Morales
VICERECTORA CAMPUS TIJUANA

Dr. Jesús Adolfo Soto Curiel
DIRECTOR FACULTAD
DE CIENCIAS HUMANAS

Dra. Maura Hiraes Pacheco
SUBDIRECTORA ACADÉMICA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

Dr. Carlos David Solario Pérez
COORDINADOR ACADÉMICO
LICENCIATURA EN PSICOLOGÍA

ÍNDICE

Presentación	11
MÓNICA AYALA-MIRA Y GLORIA ELIZABETH GARCÍA HERNÁNDEZ	
La estrategia metodológica en la investigación social	19
MANUEL GONZÁLEZ NAVARRO	
El curso de vida en la investigación psicosocial: La trayectoria sexual reproductiva de un grupo de madres adolescentes viviendo en la pobreza	47
GLORIA ELIZABETH GARCÍA HERNÁNDEZ	
Producciones Narrativas para la comprensión del Liderazgo en Mujeres	87
MÓNICA AYALA-MIRA	
Nichos idenditarios: aproximación metodológica al estudio de jóvenes indígenas	131
ERNESTO ISRAEL SANTILLÁN ANGUIANO	
Prácticas y contextos socioeducativos de jóvenes en educación superior: modelo explicativo	157
EMILIA CRISTINA GONZÁLEZ MACHADO	

Metodología para el estudio del espacio público ELSA DE JESÚS HERNÁNDEZ FUENTES	187
Nhorhe Ya'rharhj: Identidades culturales en movimiento, mujeres de las montañas caminando el desierto PAULA CRUZ RÍOS	217
Narrativas de violencia. Filicidio, mujeres en prisión y trayectorias de vida JAIME OLIVERA HERNÁNDEZ	259
Lugares marcados por la masacre. Memoria y resistencia en un contexto de violencia LILIAN PAOLA OVALLE, ALFONSO DÍAZ TOVAR Y ADOLFO SOTO CURIEL	299
Autoras y autores	331

PRESENTACIÓN

Mónica Ayala-Mira
Gloria Elizabeth García Hernández

La publicación de un libro colectivo siempre es motivo de congratulación debido a que en él confluyen múltiples esfuerzos. En esta ocasión, el de las instituciones que respaldan esta obra: la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) y la Sociedad Mexicana de Psicología Social (SOMEPSO). La UABC cumplió recientemente, en 2017, 60 años y la Lic. en Psicología, 33 años, tiempo que se ha forjado en una tradición social y de trabajo comunitario. Del mismo modo, la SOMEPSO en el curso de este año estará cumpliendo ya su 34 aniversario, tiempo en que se ha comprometido con una psicología social reflexiva y crítica. Justo esta obra es el resultado de uno de los cuatro foros que se realizaron en 2017 entre la SOMEPSO y diversas universidades mexicanas. El Foro "La mirada psicosocial: metodologías, actores y procesos" se realizó el 4 de mayo en el campus de Mexicali de la UABC. Los ponentes fueron invitados a desarrollar los contenidos de sus presentaciones y en este libro se encuentra el fruto de ese esfuerzo.

Así fue como en Mexicali nos encontramos para intercambiar nuestras ideas y resultados de investigación y la intención de esta publicación es trascender ese foro para

EL CURSO DE VIDA EN LA INVESTIGACIÓN
PSICOSOCIAL: LA TRAYECTORIA SEXUAL
REPRODUCTIVA DE UN GRUPO DE MADRES
ADOLESCENTES VIVIENDO EN LA POBREZA

Gloria Elizabeth García Hernández¹

La perspectiva del curso de vida toma en consideración el contexto y los procesos, poniendo en el centro del análisis la dimensión temporal. En este sentido los datos que se requieren para el análisis son de carácter longitudinal y se pueden obtener de forma retrospectiva o prospectiva (Blanco, 2011). El curso de vida, como propuesta teórico metodológica, plantea la articulación entre lo macro y lo micro, entre la biografía individual y la historia.

La aproximación desde el curso de vida es muy útil para el análisis de las transiciones de los jóvenes a la vida adulta. Este enfoque permite relacionar los cambios del estatus social en las diversas trayectorias, que es lo que define un curso de vida, y relacionarlo con los marcos socio históricos en los cuales transcurre la vida de las personas, estableciendo un vínculo entre el sujeto y su contexto (Elder, 1985).

¹ Profesora de Tiempo Completo en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, en la División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Sociología, Licenciatura en Psicología Social, eligarciah@hotmail.com

Adicionalmente, permite acceder a las transiciones y trayectorias que se alejan de los modelos predominantes o normativos, pues este enfoque reconoce que los sujetos actúan diferenciadamente ante las restricciones que los marcos sociales les imponen (Elder, 1985).

Desde esta perspectiva, las trayectorias de los jóvenes son algo más que historias individuales; son el reflejo de procesos imbricados entre sí, que involucran la configuración de la individualidad y subjetividad del sujeto, así como las relaciones que se establecen entre aquéllas y los contextos a nivel de las estructuras sociales (Redondo, 2000). En las transiciones y trayectorias, el tiempo presente no está determinado solamente por las experiencias acumuladas en el pasado del sujeto, sino también por sus aspiraciones y los proyectos o anticipaciones hacia el futuro (Machado, 2000; Casal, 2002).

Aunque la idea de individualización en las sociedades occidentales supone que es el sujeto joven quien debe enfrentar el reto de construir su propia biografía, esto no significa que hayan dejado de importar los condicionamientos y el origen social (Du Bois-Reymond *et al.*, 2002). Así, las trayectorias de vida permiten ubicar los procesos de entrada a la vida adulta en un grupo particular e identificar patrones de transición (Machado, 2000; Casal, 2002; Dávila, 2002).

En recientes estudios se ha puesto en duda el modelo normativo o lineal de transición a la vida adulta (Mora y Oliveira, 2009a). La transición se ha convertido, más bien, en secuencias biográficas desestandarizadas, imprevisibles y con mayor incertidumbre que las trayectorias lineales que en épocas anteriores ordenaban la vida de las personas (Pais, 2002; Casal, 2006a; Saraví, 2004). Sin duda la

desigualdad social es el factor clave en la diversificación de itinerarios hacia la vida adulta.

Estas diversas formas de tránsito a la adultez también suelen tener puntos de llegada o destinos distintos, debido a la pluralidad de condiciones juveniles pueden hallarse trayectorias tanto exitosas como fallidas (Martín, 1998; Casal, 2006). De acuerdo con autores como Bourdieu, esto depende prioritariamente de la escolaridad y la acumulación, apropiación y transferencia diferenciada de los capitales cultural, económico, social y simbólico (Bourdieu, 1998a; 1998b).

Una explicación de la diversidad de las transiciones a la vida adulta se explica por la combinación de la trayectoria escolar con la trayectoria laboral. Después de concluida la educación primaria las vidas de los jóvenes se diversifican en función de si comienzan a trabajar o si continúan estudiando. Las condiciones socioeconómicas influyen de manera relevante sobre cómo ocurren estos eventos. Para una parte de los jóvenes la condición de pobreza, el medio familiar desfavorable, el subempleo y el desempleo, la desnutrición y el comienzo prematuro del ciclo reproductivo, constituyen factores que, conjugados se traducen en claras desventajas [Organización Panamericana de la Salud (OPS), 1988].

La interrupción escolar es común en contextos de pobreza y trae como consecuencia, una privación cultural y un déficit de conocimientos. Supone, además, la conformación de una identidad psicosocial distinta a la de jóvenes pertenecientes a la clase media o alta debido, en parte, a la importancia de la escolarización como elemento constitutivo del estereotipo de joven que predomina en nuestra sociedad: el de estudiante, sin otra responsabilidad que las

obligaciones escolares. Mientras que los jóvenes en riesgo de exclusión social tienen una amplia experiencia de fracaso escolar y personal, y se enfrentan al mundo careciendo de las habilidades necesarias para ocupar las posiciones más valoradas (Manzano, 2002).

Idealmente, la escuela debería proporcionar a los jóvenes las mismas oportunidades y ser un promotor de la democracia social, pero en la realidad sucede lo contrario: en la escuela se exacerbaban las diferencias de clase. Los jóvenes estudiantes de los sectores pobres, cuya cultura difiere profundamente de la cultura escolar, deben realizar enormes esfuerzos para adaptarse a ésta, sometidos a una especie de reeducación.

Por otra parte, los procesos de desigualdad social suelen afectar de manera diferenciada a hombres y mujeres. En la adolescencia y la juventud, las identidades de género y los roles sexuales asociados a éstas mantienen significados claramente desiguales: hay un control distinto del cuerpo, del inicio sexual, de las expectativas respecto a la maternidad y la paternidad, de la autonomía, del uso de los espacios públicos y domésticos, de la movilidad espacial, así como del estudio y el trabajo. Al mismo tiempo, las trayectorias de hombres y mujeres se norman y evalúan también diferenciadamente.

Así, cuando se cruzan las desigualdades de clase y género vemos que las mujeres jóvenes y pobres son quienes acumulan más desventajas sociales (Ariza y Oliveira, 2000) y son ellas quienes registran condiciones de inserción a la vida adulta más desfavorables que sus pares masculinos. Las mujeres se ubican en espacios de segregación que resultan prácticamente infranqueables cuando sus orígenes sociales son humildes.

En el proceso de transición a la vida adulta, las responsabilidades familiares de los sujetos y la autonomía personal juegan un papel importante (Mora y Oliveira, 2009b). Estos procesos acontecen de manera diferente en los distintos estratos sociales, entre hombres y mujeres, en los grupos étnicos y en los distintos tipos de hogares de acuerdo con su composición. De esta forma, son las mujeres más jóvenes, más pobres y pertenecientes a hogares extensos monoparentales, quienes tienden a enfrentar mayores desventajas en su transición a la vida adulta, con un claro sello de inequidad de género que estructura y diferencia sus trayectorias (Mora y Oliveira, 2009a).

Posicionados en coordenadas de tiempo y espacio, los jóvenes toman decisiones, rutas de acción que los ubican en un proceso biográfico particular. En la transición las acciones del sujeto siempre están determinadas por las estructuras sociales, las instituciones configuran y reglamentan las transiciones de los jóvenes. Esto opera principalmente a través de la escuela, el trabajo y la familia, por lo que la articulación de estos tres niveles constituye, en gran medida, el proceso de transición.

En mayor o menor medida, diversos autores en América Latina y México, se han basado en estas perspectivas teóricas para mirar las trayectorias de los jóvenes y su relación con las condiciones de vulnerabilidad (Dávila, 2002; Saraví, 2009a; 2009b). Sin embargo, los enfoques han estado más centrados en las trayectorias laborales, escolares y de violencia.

Mora y Oliveira (2009a) han abordado las trayectorias y transiciones de los jóvenes mexicanos y los procesos subjetivos que tienen lugar en ellas. Desde un enfoque sociológico estos autores asumen una postura crítica frente al modelo normativo de transición a la adultez, considerando

que las desigualdades sociales –de clase, género y edad– modelan diversas trayectorias entre los jóvenes, donde los que pertenecen a estratos más desfavorecidos suelen tener trayectorias más aceleradas y desventajosas. Mora y Oliveira identifican siete eventos sociodemográficos que forman parte de la transición a la adultez: i) la salida de la escuela, ii) la entrada al mundo del trabajo, iii) la primera relación sexual, iv) la salida de la casa de los padres, v) la primera unión, vi) el primer embarazo y vii) el nacimiento del primer hijo.

Al aplicar este análisis encuentran que son las mujeres quienes mayoritariamente se alejan del modelo normativo, particularmente aquellas que pertenecen al estrato bajo. Éstas entran más tardíamente al trabajo, abandonan prematuramente la escuela, abandonan más pronto la casa de sus padres, todo esto en comparación con los hombres y con las mujeres de otros estratos socioeconómicos; también son ellas quienes se inician sexualmente antes que las mujeres de otros estratos, se embarazan, se unen y tienen hijos también a más temprana edad. Ello resulta en que estas mujeres tienen una transición más rápida a la adultez (Oliveira y Mora, 2008).

Desde una perspectiva del curso de vida, en México también se observa la fuerza que ejercen las relaciones de género. En las mujeres, la transición a la vida adulta está fuertemente determinada por la asunción de los roles de esposa y madre. El inicio de la vida sexual, la unión o matrimonio y el nacimiento del primer hijo ocurren a edades tempranas y la edad promedio del nacimiento del primer hijo es de 21.9 años y la edad al matrimonio es apenas de 20.9 años (Zuñiga, 2008).

Solis, Gayet y Juárez (2008) identifican que en México hay una secuencia tradicional de los eventos reproductivos de las mujeres acorde con la moral tradicional. En esta secuencia, se observa la siguiente concatenación de eventos: primera unión, primera relación sexual y primer embarazo. Sin embargo, recientemente se han observado cambios en el inicio de la vida sexual, marital y reproductiva, pues se ha dado un incremento en la edad a la que ocurre la primera relación sexual, así como la postergación de la primera unión.

Los autores identifican, la coexistencia, básicamente, de dos subgrupos. Un grupo mayoritario que sigue el patrón normativo en la secuencia de eventos: unión temprana, inicio sexual y primer embarazo $\frac{3}{4}$ sin que transcurra mucho tiempo entre cada evento. Otro grupo minoritario que sigue una secuencia distinta: experimenta primero el inicio sexual y transcurre un tiempo antes de que se dé la unión aunque también en este grupo el primer embarazo ocurre cercanamente a la unión. En el análisis por estrato social, los autores observan que son las mujeres de clase media y alta quienes tienen mayor probabilidad de salirse de la secuencia tradicional mientras que las mujeres de clase baja tienden a presentar la secuencia tradicional (Solís, Gayet y Juárez, 2008).

Método biográfico y curso de vida

La aproximación metodológica elegida para el abordaje de las trayectorias se sustenta en el método biográfico, el cual permite captar la interrelación entre el horizonte histórico $\frac{3}{4}$ definido por las coordenadas de tiempo y espacio en que vive un sujeto $\frac{3}{4}$ y los diferentes niveles de su experiencia.

Desde el punto de vista metodológico, según Ferrarotti (1991), este enfoque requiere examinar una situación o fenómeno en su inscripción macroestructural, así como en el plano del subsistema, y en el plano experiencial del grupo primario y del individuo. Por otra parte, la ventaja del método biográfico es que nos permite acceder al sentido local de la vida, que de ningún otro modo es posible de reconstruir, porque la biografía permite el acceso a esos cuadros culturales dentro de los cuales entran en acción el conocimiento del otro y de sí. Pues como señala Ferrarotti (1991), el conocimiento de lo social se lleva a cabo entre sujetos que poseen marcos de referencia comunes, que el investigador debe indagar para así comprender las acciones de los sujetos.

El método biográfico consiste en el uso sistemático de documentos vitales que describen momentos y puntos de inflexión en la vida de las personas. En ellos tiene lugar la narración de las experiencias de una persona en la que hace una selección consciente pero también inconsciente de los sucesos y experiencias que se relatan; por lo tanto, el relato de la persona es más que una descripción de sucesos, es una selección y evaluación de su vida (Piña, 1988). La biografía trata de la construcción de un "yo" que narra las experiencias y que ubica al protagonista en un contexto histórico. Los personajes de la narrativa se construyen siempre dentro de un contexto que enmarca continuamente las experiencias de las personas (Bertaux, 1993). A través del método biográfico se obtiene el testimonio subjetivo de una persona en el que no sólo es posible acceder al relato del acontecimiento sino, además, a las valoraciones que la persona hace de estos acontecimientos y de su propia vida. Lo biográfico también nos permite abordar la vinculación

micro-macro, tal como señala Ferrarotti (1988), pues en cada biografía está presente la estructura social así como la manera en que el individuo se apropia de ella y la interpreta a partir de los significados que va construyendo en la relación con los otros y a partir de su marco de referencia. Los procedimientos de registro del material autobiográfico se realizan por lo general a través de la entrevista semiestructurada o la entrevista en profundidad, ya que lo más importante de este método es recuperar la reconstrucción de las situaciones desde la perspectiva de los actores.

El método biográfico es el recurso óptimo para acceder al curso de vida, a las trayectorias y las transiciones, así como a sus significados. Desde la perspectiva del curso de vida, las etapas de la vida de las personas se asocian con distintos roles y con expectativas diferenciadas dependiendo de la generación a la que pertenecen.

Un supuesto importante de esta teoría, que resulta de utilidad para la investigación, es que las vidas de las personas están interconectadas a través de relaciones sociales con la familia, con el grupo de pares y otras personas (Elder, 1985). De esta forma se pone en juego la regulación social de las acciones de las personas, en el intercambio con los otros significativos, en las relaciones de afecto y en los patrones y formas que toman los vínculos (Elder, 1987).

Tanto en la perspectiva biográfica como en la del curso de vida, no es tan importante el proceso biológico de crecimiento y envejecimiento, como lo es la experiencia de las personas en una posición y situación determinadas. Los eventos y fases en la vida no se entienden en aislamiento por lo que deben ser analizados como parte de una trayectoria de vida en la que hay un encadenamiento de acontecimientos, experiencias y consecuencias, vividas y significadas

en y con el grupo primario, ubicado en un tiempo y un lugar históricos. Así la pertenencia a una generación y a una clase social, expone a las personas a distintos mundos históricos y a diferentes opciones de vida. En la perspectiva del curso de vida dos conceptos son fundamentales: las transiciones y las trayectorias (Elder, 1985; 1987). El concepto de trayectoria supone la noción de agencia, ya que no necesariamente las personas se apegan a las reglas y expectativas de su grupo; por eso no todas las personas que comparten un momento socio histórico tienen el mismo curso de vida. La trayectoria es un proceso complejo en el cual se articula un sistema de dispositivos institucionales y procesos de socialización, pero en el que también interviene la subjetividad. Tiene además un marco de referencia territorial pues los sistemas de relaciones sociales y de socialización tienen lugar en espacios locales, culturales y políticos específicos (Casal, 2006). Este carácter territorial permite ubicar la transición en contextos socioeconómicos particulares pero además considerar que las trayectorias también son resultado de la toma de decisiones de los sujetos, de sus acciones y estrategias, a pesar de estar constreñidos por las estructuras sociales y económicas y por los dispositivos institucionales. Desde esta perspectiva, el sujeto es considerado un agente activo en la construcción de su propia biografía.

El enfoque de la trayectoria también da cuenta de los cambios que ocurren en las posiciones que los sujetos ocupan en la estructura social. En el análisis de las trayectorias son importantes las posiciones estructurales y las disposiciones subjetivas que producen los cambios en la condición social, por ejemplo pasar de ser una mujer soltera a ser una mujer casada, de ser hija a ser madre. Así también, desde la perspectiva de las transiciones es relevante la edad a la

que se produce un cambio dentro de una estructura social y cultural que norma los tiempos establecidos para dicho cambio de estatus. Las trayectorias se ven influidas por las oportunidades y límites de cada clase social. Las transiciones y las trayectorias se implican mutuamente, están articuladas, y los cambios en la estructura de las transiciones no se pueden entender si no se considera la trayectoria característica del grupo o clase.

La trayectoria sexual reproductiva de madres adolescentes

A partir de lo anteriormente expuesto, es indudable la relevancia teórica y metodológica del curso de vida, las transiciones y las trayectorias juveniles, es por ello que en este trabajo se retomaron algunos elementos para el análisis específico de que aquí se ha denominado de las trayectorias sexuales y reproductivas de mujeres jóvenes que viven en un contexto de pobreza como es la delegación Iztapalapa.

El concepto de trayectoria sexual reproductiva, se utilizó para explorar el recorrido de un grupo conformado por 19 mujeres jóvenes, sin embargo para los fines de este trabajo aquí se presenta el caso de seis mujeres jóvenes y pobres que se embarazaron y se convirtieron madres antes de los 18 años. Estas seis mujeres se agrupan en la trayectoria "estratégica" porque comparten un tipo de trayectoria que es la que específicamente se expone en este capítulo. Todas ellas son habitantes de un contexto marginal en la delegación Iztapalapa. Fueron entrevistadas en varias ocasiones bajo el enfoque del método biográfico, las entrevistas fueron transcritas y analizadas en el programa Atlas.Ti

El planteamiento es que en esas condiciones de pobreza, cuando el porvenir parece estar sellado por la incertidumbre,

vale la pena preguntarse si las mujeres jóvenes tienen siempre la degradación social como destino, cuáles son las alternativas que construyen ante las limitaciones que enfrentan para darle sentido a sus vidas y si pueden convertir el embarazo en un evento sobre el cual construyan un proyecto de vida o una proyección hacia el futuro. La hipótesis fue que los condicionamientos materiales que atraviesan las vidas de las adolescentes explican gran parte de sus acciones y decisiones en su trayectoria sexual reproductiva.

Los elementos considerados en la construcción de la trayectoria sexual-reproductiva fueron cinco momentos transicionales: 1) la menarca — que da inicio a la capacidad reproductiva; 2) la unión — que marca un cambio en el estado civil con la adquisición del estatus de esposa—; 3) el inicio de la vida sexual (coital) —la mujer se vuelve sexualmente activa—; 4) el primer embarazo —la mujer inicia su vida reproductiva—; y 5) el nacimiento del primer hijo —la mujer adquiere el nuevo estatus de madre.

Pero aquí no interesan las transiciones como eventos biológicos en sí mismo, sino en su relevancia social y en la dimensión subjetiva de la adolescente, se plantea que estos cinco eventos de transición pueden tener significados distintos entre las biografías analizadas. Desde esta perspectiva se trata de dar cuenta de las valoraciones y significaciones que las entrevistadas le atribuyen a la trayectoria específica que les tocó vivir.

Para los fines de este trabajo, es muy importante establecer la secuencia de los eventos que forman parte de la trayectoria sexual reproductiva y el momento cuando ocurren estos eventos. Las dimensiones consideradas en la construcción de la trayectoria fueron tres: i) la secuencia

en que se presentan los cinco eventos que forman parte de la trayectoria sexual-reproductiva (la menarca, la unión, el inicio sexual, el primer embarazo y nacimiento del primer hijo), aquí interesaba dar cuenta del orden en el cual se presentaron estos acontecimientos en la vida de cada una de las adolescentes. ii) las expectativas o proyecto de vida de las adolescentes antes del embarazo, aquí se trató de dar cuenta si dentro de las expectativas de las entrevistadas se vislumbraban la maternidad y el matrimonio antes del embarazo, si tenían la intención o deseo de tener un hijo, de unirse; o si tenían otras proyecciones hacia el futuro distintas a la maternidad y el matrimonio; y iii) el significado que la adolescente otorga al embarazo en el momento de corroborarlo, ya que en ese momento es cuando se existe la posibilidad de continuar o no con el embarazo. También es el momento cuando se toman otras decisiones, como unirse o seguir sola con el embarazo.

Trayectoria sexual reproductiva de tipo estratégica

Respecto a la secuencia que se identificó en el caso de estas seis mujeres, esta trayectoria tiene la peculiaridad de que la primera relación sexual y el primer embarazo anteceden a la unión. En la proyección hacia el futuro inmediato, las expectativas anteriores al embarazo de estas mujeres estaban encaminadas hacia la unión y la maternidad; es decir, estaba en sus planes unirse con su novio y tener un hijo.

El significado que estas adolescentes asignan al embarazo, una vez confirmado éste, es positivo: la noticia se recibe con aceptación y beneplácito, y las acciones de las adolescentes se reconfiguran en un proyecto donde los roles de

madre y esposa son centrales. Las transiciones al estatus de casada y de madre se dan con gran adaptabilidad por parte de ellas y con acompañamiento por parte de la familia.

Son seis las madres adolescentes que la conforman: Olga, Elena, Ana, Guadalupe, Karla y Teresa. La razón por la cual se asigna a esta trayectoria el nombre de estratégica se debe a que en el discurso de las mujeres hay una intencionalidad previa al embarazo, de consolidar la relación y transformarla en unión a través de éste; hay una perspectiva de futuro a corto plazo definida por la conyugalidad y la maternidad: las jóvenes deciden tener relaciones sexuales sabiendo y asumiendo que pueden quedar embarazadas; no utilizan métodos anticonceptivos porque, de común acuerdo con la pareja, vislumbran la posibilidad de quedar embarazadas, aunque abiertamente no lo buscan. Cuando se enteran de que están embarazadas, la noticia se toma con gran naturalidad y se transita sin conflicto a la unión.

Una estrategia puede ser definida como la traza o el diseño de un camino para lograr una meta; se trata de un proceso sobre el cual se tiene cierto control, en el que se sigue un conjunto de reglas que aseguran decisiones óptimas en momentos cruciales. De acuerdo con los discursos, estas entrevistadas van articulando sus acciones teniendo en perspectiva una meta con una buena dosis de control en el proceso. Siguen reglas (Wolf, 1979) no escritas pero compartidas y elaboradas en la experiencia de la vida cotidiana (Berger y Luckman, 1976). La noción de estrategia no debe entenderse como una acción mal intencionada o calculada por parte de la adolescente para lograr su fin: se entiende como una ruta de acción inscrita y ampliamente aceptada en el contexto sociocultural donde estas mujeres viven. La trayectoria es estratégica en la medida en que la adolescente

debe leer la realidad y tomar decisiones que serán definitivas en su vida.

En esta trayectoria se identificaron las siguientes reglas de la vida cotidiana (Wolf, 1979): i) es preciso estar en una relación de noviazgo estable y de compromiso mutuo basada en el amor, ii) es recomendable conservarse vírgenes hasta que tengan que echar a andar la estrategia con el varón que ellas han elegido, iii) conviene verbalizar con la pareja, antes del inicio sexual, el deseo de tener un hijo con él y, de esta forma, explorar la disposición de éste a tener un hijo y entrar a la unión, iv) la iniciación sexual se llevará a cabo bajo la premisa de estar enamorada, v) al no utilizar métodos anticonceptivos en las relaciones sexuales, se correrá el riesgo de embarazarse, y vi) una vez que las mujeres se han iniciado sexualmente, la regla o expectativa social, es no tener relaciones sexuales con otros hombres. Si todas estas condiciones se cuidan es muy probable que logren su deseo de unirse con el varón.

En este grupo, las adolescentes tienen escasa información sobre sexualidad y se ubican en una perspectiva conservadora hacia la misma. Experimentan la menarca con escasa información al respecto, por lo cual la asocian con sentimientos de miedo y vergüenza. El inicio sexual ocurre en el contexto de una relación de noviazgo estable y basada en el afecto, por lo que existe un cálculo de inicio sexual encaminado a consolidar su relación de pareja. En estos discursos aparece explícito el deseo de tener "un bebé" con la pareja que ellas consideran la idónea. Las razones para tomar esta decisión son de orden afectivo, pero también evalúan el perfil del varón: si es responsable, si tiene intenciones de unirse.

Por lo general, el inicio sexual de las entrevistadas ocurrió con la pareja con la que después se embarazaron y se

unieron. Son enfáticas al señalar que su "primera vez" fue con el hombre a quien amaban y con quien deseaban unirse, lo cual aparece en la narrativa como una prueba de su prestigio sexual (Szasz, 1998a). El ritmo de la trayectoria es variable: desde el inicio sexual hasta la unión pueden transcurrir desde dos meses hasta dos años. La trayectoria muestra una continuidad en los eventos y la significación de los mismos está siempre asociada a la intención de unirse y tener un hijo. Definir esta trayectoria como estratégica no implica considerarla como un plan únicamente de la mujer: el varón es claramente copartícipe de esta estrategia. Sin embargo, para los fines de este estudio, únicamente se recuperó la perspectiva de las adolescentes.

Tanto la familia de la adolescente como la del varón apoyan este proceso donde el embarazo juega un papel central. Una vez confirmado éste, sigue la unión. Es decir, el embarazo ocurre como la realización de un proyecto anticipado (Fainsod, 2006) que tiene lugar en el contexto de una relación estable. Frecuentemente, la pareja ha considerado la posibilidad de que el embarazo se presente, han hablado con anterioridad sobre ello de tal forma que cuando ocurre, la pareja transita fácil y naturalmente a la unión.

La noticia del embarazo se recibe con aceptación y alegría. En ningún caso la adolescente se plantea la posibilidad de abortar, la vida se reconfigura y, poco a poco, tiene lugar el ajuste al nuevo estatus de esposa. La familia acompaña a la pareja en este proceso de cambio de estatus.

Una vez descritas las principales características de esta trayectoria -y con la finalidad de profundizar en su construcción y de acceder a los discursos de las mujeres que la conforman-, a continuación se describe la trayectoria a partir de cómo las entrevistadas fueron transitando y com-

partiendo significados en cada una de las transiciones: menarca, inicio sexual, embarazo, unión y nacimiento del primer hijo. Para conservar la riqueza de los discursos, y con la clara intención de no recurrir a un único caso, se citan los fragmentos narrativos de distintas entrevistadas.

Menarca: desinformación, temor y vergüenza

Entre estas mujeres, la menarca se presentó entre los 11 y los 14 años. En general, las entrevistadas tienen poca información respecto a la menstruación. Si bien asocian este hecho con la experiencia de dejar de ser niñas, no lo asocian con el hecho de sentirse ya en un nuevo estatus social como mujeres. Esto, como se verá más adelante, marca una diferencia con los significados construidos alrededor de la menarca en las otras trayectorias. En esta trayectoria, no todas las madres de las adolescentes estuvieron con ellas cuando empezaron a menstruar —a una de ellas, es un tío quien le explica sobre la menarca porque no hay una mujer que lo haga.

Entre estas mujeres, se encontraron tres significados asociados a la menarca: el miedo, la vergüenza y la sensación de sentirse sucias. El miedo está asociado al desconocimiento que tienen sobre este proceso. De hecho, interpretan su primera menstruación como una situación nociva para su salud y bienestar físico —creen que la sangre se presenta como consecuencia de un daño sufrido en sus genitales. En cambio, la vergüenza se asocia con la idea de que los otros, los varones, se darán cuenta de qué les ocurre, no sólo respecto a la menstruación sino a los cambios físicos que acompañan este proceso, ya que también les avergüenza la transformación de su cuerpo. Respecto a la experiencia de sentirse sucias, al parecer está relacionada con la idea

de que la menstruación genera mal olor, que la sangre es sucia y que, cuando la mujer menstrúa está contaminada de esa suciedad.

Fue a los doce. ¡Ay!, yo me espanté. Iba en la primaria, estaba en el baño, y así empecé a sangrar, y así casi desnuda salí corriendo. En ese entonces, vivía con mi abuelita. Nada más estaba uno de mis tíos, y salí bien espantada y le dije 'No, es que creo que me corté...'. Ya fue cuando me explicó mi tío (Elena, 17 años. Se embarazó a los 16 años).

No, pues me dijo mi hermana 'Métete a bañar y ponte una toalla'. Y, sí, pero, ¡no me quería ni mover! ¡Me sentía rara! No sé, me sentía rara, me sentía sucia (Ana, 17 años. Se embarazó a los 15 años).

Yo empecé a reglar a los catorce años, cuando entré a la secundaria. Fui al baño. Digo ¡ay! Híjole... que me veo el chorrillo de sangre. Me espanté y le grité a mi mamá. Pensé que me había lastimado o no sé... Dije 'a lo mejor me corté con algo y no me di cuenta'. Le digo "¡Ay!, mamá, venga". Pero el baño estaba lejos del cuarto, como vivíamos en vecindad... Y me puse a llorar. Las señoras (vecinas) pu's dijieron "¿pu's ora qué?", y le hablaron a mi mamá. Ya fue a verme al baño y me dice "¿qué tienes?". Le digo "Es que ire, me está... me está sangrando ahí". Y dice "Ay, no te espantes, es que ya empezastes a reglar". Le digo "¡Ay!, ¿y qué es eso?". Pero es que como mi mamá casi no me platicaba, era muy cerrada... Ya después entendí... Yo sentía que todos me veían así, bien feo. Decía "híjole ¡ay no!". Sentía horrible, que todos me veían así,

medio rarito, o que yo era la única... Que nomás a mí me pasaban esas cosas... No, ¡qué feo! Siempre que llegaban los meses yo decía "Ay, qué feo". Pero ya qué, no me quedaba de otra más que aceptarlo. Aunque me daba mucha vergüenza, pero me tapaba con el sweater (Guadalupe, 18 años. Se embarazó a los 17 años).

En la narrativa de estas mujeres hay un tono resignado: se resignan a menstruar. Les disgusta pero lo asumen; no consideran otra opción más que aceptarlo, por lo que hay una especie de resignación a asumir su condición de género. Es común que la sexualidad sea tema tabú en las familias de estas mujeres o que sus madres no tengan los recursos necesarios para comunicarse con sus hijas sobre temas relacionados con la sexualidad; por ello, no cuentan con la información necesaria antes de empezar a menstruar. Con este evento que inaugura la capacidad reproductiva de las adolescentes, podemos ubicar la postura conservadora y desinformada de estas jóvenes sobre la sexualidad; esto, sin duda, puede traducirse en un elemento de desventaja en su trayectoria sexual reproductiva.

Inicio sexual: resultado de una elección "con éste ya me quedo"

En este grupo de mujeres, el inicio sexual tiene lugar en el contexto de una relación de pareja estable donde existe un sentimiento de confianza. Las mujeres relatan peticiones de anteriores novios para tener relaciones sexuales, a las cuales ellas no accedieron; en este sentido, se hace evidente su capacidad de negarse a tener relaciones con parejas previas, por no considerarlas apropiadas. En cambio, cuando

ellas tienen relaciones sexuales por primera vez, la aceptación se funda en la elección que han hecho de una pareja a la cual ellas consideran conveniente.

Es común que cuando se da el inicio sexual, las adolescentes ya hayan hablado con su pareja sobre la posibilidad o el riesgo de un embarazo. De tal forma, el inicio sexual tiene lugar una vez que la pareja ha verbalizado que ante un embarazo estarían dispuestos a tener un hijo y unirse en el futuro próximo. Una condición para el inicio sexual es el supuesto del amor. Para ellas, estar enamoradas de su pareja justifica que se inicien sexualmente; la intención de "juntarse" o "quedarse" con esa pareja da sentido a sus acciones.

En la decisión de tener relaciones sexuales con esta pareja hay una perspectiva de futuro donde estar con el "otro" es central. Sin embargo, entre estas mujeres no existe la certeza de que la unión tendrá lugar sólo por iniciarse sexualmente con la pareja elegida. No obstante, ellas toman el riesgo de tener relaciones, incluso de embarazarse, con la intención de unirse, aun sin garantía de que así ocurrirá. En el inicio sexual y durante la subsecuente actividad sexual no usan métodos anticonceptivos: dicen conocerlos y aun así no los usaron por considerar que están en una relación estable y prometedora, dispuestas a asumir las consecuencias en caso de que su pareja no responda como ellas esperan.

Yo estuve con él porque pensé: "Ya aquí me voy a quedar con él"... Así pensé porque el chiste que mi amiga, la Pitufa también se quedó con su novio, con el que tuvo la primera vez [relaciones sexuales]. Luego, ella me decía: "¿Tú con quién quieres tener relaciones la primera vez?". Le digo: "No, pu's yo, con alguien al que realmente yo quiera

-le decía...y que, y que sienta que con él ya me voy a quedar". Decía: "pu's tienes razón". Y, ¡sí!... dicho y hecho: con él me quedé. Pero sí, él fue el primerito.

E: ¿Cómo es eso que te quedaste? A ver, explícame, ¿cómo es eso de quedarse ya con un hombre?

M: Pues, de que ya ahí te quedas y no te vas a andar acostando con otros, porque ya lo quieres a él... Que no vas a andar probando... Por eso piensas muy bien si vas a tener relaciones con él, ¿no? Que no vas a andar así, probando... sino que ya es porque vas a hacer tu vida con él...

E: Entonces, ¿quedarte es casarte ya con él? O ¿cómo?

M: Mmm, je... Pues eso quien sabe. Sí, tú sí quieres, pero quién sabe si él va a querer... Pero pu's tú ya sabes que si quieres, ya sabes a qué le tiras ¿no?... A mi amiga y a mí si nos resultó porque ya nos quedamos con el que pensamos, las dos nos quedamos con el primero que tuvimos relaciones (Guadalupe, 18 años. Se embarazó a los 17 años). Pues, sí, tenía información de que los métodos y eso, ¿no? Que hacen daño ¿no?... Lo que pasa es que ya lo habíamos platicado de que si íbamos en serio los dos, y que íbamos a durar [en la relación], por si había alguna consecuencia, que es un bebé ¿no? Pues ya sabíamos que podía pasar, y entonces, así tuvimos relaciones. Pero los dos ya sabíamos y, de hecho, desde un principio que empecé a tener relaciones con él, yo les platiqué en mi casa y ya también sabían de mis planes de estar ya con él (Elena, 17 años. Se embarazó a los 16 años).

Otro elemento significativo en el inicio sexual de estas mujeres es el énfasis que ponen en lo definitorio de la primera relación sexual en su vida. La virginidad aparece como un recurso que se intercambia con la pareja, un capital puesto

en juego para lograr los fines, tengan éxito o no. En el cuidado de la virginidad se apuesta el prestigio sexual frente a la pareja (Szasz, 2008).

En esa estrategia, las mujeres corren un riesgo; pues nada les garantiza que lograrán su objetivo. No obstante, como señala Guadalupe, esa acción no es fortuita ya que hay algunos elementos que ellas consideran antes de tomar la decisión. Sin embargo, la acción se da en un contexto de incertidumbre; se aventuran a tener relaciones sin tener garantía del resultado: que el novio se haga responsable del embarazo y se vaya a "quedar" -casar- con ellas.

En la estrategia, ellas evalúan la situación, y el argumento más convincente para sí mismas y para los demás es el supuesto de amor que las involucra en esa relación, tal como ha sido reportado por Szasz (1998a): entre estas mujeres, el inicio sexual aparece fuertemente asociado con el compromiso afectivo, la unión y la procreación.

Embarazo: de la incertidumbre al logro de una meta: "quería que todos se dieran cuenta"

Estas mujeres se embarazaron entre los 15 y 17 años -a diferencia de lo observado en otras trayectorias, las menores de 15 no entran en este recorrido de vida-. En este grupo, la deserción escolar y el inicio laboral anteceden al embarazo. El tiempo que transcurre entre el inicio sexual y el embarazo fluctúa entre los dos meses y un año y medio. Una vez que tiene lugar el embarazo, en las mujeres crece la incertidumbre respecto a si la pareja asumirá con ellas la consecuencia de haber tenido relaciones sexuales: "responder ante el embarazo".

Ya me había atrasado una semana. Al principio me dio miedo. Le fui platicando poquito a poquito a Mario... Yo estaba bien emocionada, y él me dijo: "¿Cómo?... Yo quiero un papelito que lo pruebe". Y yo sentí feo, porque a lo mejor pensó que yo lo quiero amarrar mintiéndole. Ya después... me hice la prueba y ya me creyó, y empezamos a llorar de gusto. Pero él, con su primera reacción, él me quitó esa emoción... porque al principio dudó, como que no quería. Y yo le dije que si no quería: o sea, si no quería estar conmigo, yo no lo iba a obligar, que... no lo iba a obligar, pero igual yo lo iba a tener (al hijo), con él o sin él. Yo pensaba que como Mario y yo habíamos platicado, pues, yo pensé que se iba a emocionar, y no. Y, en cambio, él me pidió el papelito como prueba. Ya después él me explicó que porque había tenido una novia que le había mentido que estaba embarazada sólo para que se quedara con ella. Pero sí, luego le enseñé el papel y ya me creyó. Y dijo "Bueno, pues entonces, vamos a echarle ganas ya juntos" (Elena, 17 años. Se embarazó a los 16 años).

Porque ya no me bajó ¡híjole! Y ya le platicué a él. Le digo: "Me da pena decirte, pero... te voy a contar...". Y ya que me dice: "¿Qué?". "No, pu's —le digo— es que lo que pasa es que no me baja". Y así... Y él me dijo: "¿Pero por qué?". "Pu's, quién sabe", le digo. "Pero yo he oído que muchas veces dicen que cuando no te baja es que ya quedaste embarazada" —me dice "Ah, pu's no le hace" —dice— "pu's sí... la verdad yo sí, sí te respondo. Si estás embarazada yo sí te respondo".

E: ¿Y te fuiste a hacer alguna prueba de embarazo?

C: No, ya na'más con el tiempo ya que fui engordando

más, dije "No, entonces sí —dije— no, entonces sí estoy embarazada. Pero para qué me voy a hacer la prueba pu's si ya...". Y pu's ya fuimos y le dijimos a mi mamá, y él les dijo a sus papás... Nos juntamos cuando yo tenía como 4 meses (Guadalupe, 18 años. Se embarazó a los 17 años).

Mira, yo, mis relaciones sexuales, empecé con él en octubre... Fue una vez que estábamos en su casa. Estábamos planeando tener el bebé y pu's,... Después tuvimos relaciones también en noviembre y ahí fue cuando quedé... quedé, yo, embarazada, este... Yo le comenté a él, y dije "Pues si ya habíamos hablado ¿no?". Entonces, él se puso muy emocionado y me dijo "vamos a hacer los planes". Me dice: "te voy a responder". Entonces ya empezamos a hacer planes. Y hasta le hablaba en mi vientre al bebé... fue muy bonito. (Teresa, 17 años. Se embarazó a los 17 años).

E: ¿Qué pensante cuando supiste que estabas embarazada?

J: Me daba miedo al tener a un niño porque, en caso de que Luis no me respondiera... Pensaba ¿qué tal que no me responde? ¿qué voy a hacer sola? Pero, entonces, ya cuando le dije a Luis, me dijo: "Cuentas conmigo". Y dije: '¡Ay, qué bueno!...'. Pero como estaba estudiando, yo le dije: 'Pero, ¿cómo? Si tú estás en la escuela, te voy a arruinar sus planes de estudiar', y todo. Y él me dijo: 'Pues aunque nos quedemos sin dinero, sin comer, pero tú vas a tener al bebé. A ver cómo le hacemos. Y yo voy a seguir estudiando, así que nos vamos a casar'. ¡Ay! Y yo bien feliz, y pues ya me casé con él y hasta ahorita soy muy feliz con él. (Olga, 18 años. Se embarazó a los 16 años).

Cuando se constata el apoyo de la pareja frente al embarazo, las mujeres superan ese momento de incertidumbre; entonces, tienen lugar la aceptación y las acciones para continuar con el embarazo y la consolidación de la reacción de pareja hacia la unión. Si bien no están casadas, ellas no consideran tan relevante este hecho; asumen que lo más importante es estar embarazadas de una persona a la que aman y, además, contar con su apoyo; vislumbran que pronto se unirán con esa pareja. En todos los casos, el novio es la primera persona a quien notifican del embarazo o la sospecha sobre el mismo. En este sentido, sobresale el hecho de que la pareja es la persona con mayor influencia sobre las decisiones que se asumirán en torno al embarazo, tal como ya ha sido reportado por Salcedo (2000) y Román (2000). El embarazo se hace público después de que la mujer sabe que cuenta con el apoyo de la pareja.

E: ¿Y tú a alguien más le platicaste?

A: ¿De qué estaba embarazada? ¡Uy! A todos, a todos les platiqué. Quería que todos se dieran cuenta, que se enteraran que estaba feliz (Ana, 17 años. Se embarazó a los 15 años).

De esta manera, el embarazo funciona como una estrategia para transitar a la unión. La noticia de éste no genera sorpresa en los padres de la adolescente; se recibe con beneplácito y se enfrenta la situación adaptándose a ella (González, 1999), así que la pareja cuenta con el apoyo de la familia. A partir de la confirmación y notificación del embarazo la pareja toma acuerdos sobre el lugar donde vivirá; cuando existe la posibilidad económica, toma otra acción importante posterior al embarazo: inician las visitas al médico.

En el proceso de embarazo de las adolescentes que conforman esta trayectoria, sobresale la experiencia de haber recibido un trato especial por parte de la familia y la pareja durante este periodo: en esta etapa, en particular, es cuando mejor se han alimentado, cuando más afecto y cuidados han recibido. Independientemente de la escasez de recursos, lo poco que posee la familia se destina para la alimentación y el cuidado de la adolescente embarazada.

E: *¿Cómo te fue en tu embarazo?*

C: *No, pu's, bonito, ¿no? Porque mi mamá me hacía de comer un montón, que ya me traían fruta... Y ya también Juan, que "tienes que comer bien"; y lo que se me antojaba me compraban. Me consintieron mucho, je je je (Guadalupe, 18 años. Se embarazó a los 17 años).*

E: *¿Y cómo estuvo tu embarazo?*

T: *Pues, desde que empezó mi embarazo, pues fue muy hermoso. Primero, porque pu's, era el hijo que yo esperaba de... mi pareja. Y, según, cuando mi mamá se enteró, pues yo pensé que no me iba a apoyar, que se iba a enojar mucho, pero pues no. Reaccionó muy bien. Afortunadamente, sí me apoyó: me cuidaba que comiera, que ya me compraba mis antojos... Mi mamá me cuidó mucho. (Teresa, 17 años. Se embarazó a los 17 años).*

Es común que pese a los antecedentes de poca solidaridad en la familia de las adolescentes, con el embarazo se dé una especie de reivindicación de las relaciones familiares. El evento genera muestras de afecto y apoyo inusuales, particularmente, con las madres de las adolescentes, con quienes

se da un acercamiento y los lazos afectivos se vuelven más estrechos, tal como ya lo han reportado Climent y Arias (1996) y Piñero (1998). En este tipo de trayectoria se puede observar que, como consecuencia del embarazo, la resolución saludable de la familia de la adolescente moviliza los recursos afectivos y materiales para enfrentar el evento de manera adaptativa, algo ya señalado por Kano (1998). De acuerdo con Climent (2001), es posible que esto suceda porque la familia —en particular, la madre de la adolescente—, considera que su hija ya está preparada para ser madre y evalúa que la pareja con quien se unirá es la adecuada.

Unión: un lugar dónde vivir juntos

Como una regularidad en este grupo, las mujeres transitan a la unión durante el embarazo. Cabe señalar que el inicio sexual, el embarazo y la unión tienen lugar con el mismo varón, es decir, la experiencia sexual de estas mujeres se limita a una pareja. Este hecho contraviene la idea generalizada de la promiscuidad que regularmente se atribuye a las adolescentes que son madres, sin embargo esa supuesta promiscuidad ha sido ya cuestionada (Stern y García, 2001).

Una vez confirmado el embarazo, estas mujeres transitan a la unión: resuelven con su pareja y con su familia las condiciones bajo las cuales empezarán a vivir juntos. Esto implica hablar con los padres de ambos miembros de la pareja o familias respectivas y tomar la decisión de vivir con la familia de alguno de los dos, pues en ningún caso la pareja disponía de una vivienda donde comenzar a vivir juntos.

El apoyo de la familia es fundamental, sin embargo, debe considerarse que dicho apoyo se da con las limitaciones y dentro de los márgenes de carencias que caracterizan

a esta población, lo que con frecuencia los lleva a vivir en condiciones de hacinamiento y de precariedad.

E: ¿Cómo decidieron que iban a vivir en tu casa, con tu mamá?

MC: Porque mi mamá no quiere que me vaya a vivir a su casa de su mamá. Dice que luego hay problemas: 'No, mejor... para sufrir... mejor vente a sufrir aquí a la casa y aquí sufres tú solita, no sufres por tu suegra, no por tus cuñados, no por nada'. Él, a la vez, como que no quería porque dice: 'es que, qué van a decir tus papás, tus hermanos, que estoy de arrimado...'. Le digo 'hay pués es que si dicen, que digan'. Pero mi mamá ya le dijo que no hay problema y que si mis hermanos dicen algo, pués que los ignore (Guadalupe, 18 años. Primer embarazo, a los 17 años).

L: Pues ya cuando supieron que ya yo estaba embarazada, la señora de mi papá ya nomás agarró y le dijo a él [su pareja]: "¿Sabes qué?, les vamos a subir una... una cama al cuarto de arriba y ya ese que sea para ustedes". Le dijo a mi papá: "Vamos a arreglar el cuarto bien para que se suban ellos", y eso fue todo. Nosotros dijimos: "Ah, bueno, pues que sí" y ahí empezamos a estar ya juntos (Karla, 19 años. Primer embarazo, a los 16 años).

La pareja hace varias consideraciones antes de unirse. De las opciones con las que cuentan se deciden por el lugar donde se sienten más cómodos; un elemento definitorio en esta decisión es el bienestar de la mujer, dada su condición de embarazada. Por lo regular el varón está dispuesto a ir a vivir donde ella se sienta mejor o esté mejor atendida. En

otros casos, no tienen muchas alternativas y se acomodan a lo que la familia les puede ofrecer.

De todas las mujeres que conforman este grupo, dos se casaron por el civil durante el embarazo: Guadalupe y Olga. El resto de las uniones fueron consensuales pero asumidas por ambos y reconocidas por las familias como matrimonio. Todas las entrevistadas asumieron un cambio de estatus, ajustándose a su nueva posición como esposas, en un contexto de apoyo y solidaridad de parte de la familia (González, 1999).

Sí, pues, ya cambió todo. Fue muy bonito porque ya yo me ponía a hacer las cosas de la casa y le tenía que tener ya la comida hecha para cuando llegue, porque él ya no quiso que yo trabajara (Karla, 19 años. Primer embarazo, a los 16 años).

Por lo regular las jóvenes asumen los ajustes a su nueva vida como "unidas" desde una visión muy estereotipada de los roles de género. Sin embargo, es común que estas mujeres ya tengan la experiencia, previa a la unión, de hacerse cargo del trabajo doméstico y el cuidado de niños, hermanos o vecinos, por lo que el cambio a su nuevo estatus de "unidas" no parece representar mayores dificultades para ellas. Como dice Climent (2006), han tenido en su madre un modelo a seguir. En esta trayectoria, es común que, una vez embarazadas, las adolescentes dejaran de trabajar.

Nacimiento del primer hijo: "Es lo mejor que me ha pasado en la vida"

Entre las mujeres que integran esta trayectoria, el significado del nacimiento del primer hijo está asociado con un

sentimiento de logro y satisfacción: por un lado, tener un hijo era algo deseado; y por otro lado, lograron establecerse con la pareja que querían y así formar una familia. El hijo cambia su vida, por lo cual puede considerarse como un punto de inflexión a partir del cual hay una resignificación de la vida. En nuestra cultura, un hijo suele tener una fuerza simbólica como afirmación de la identidad femenina; suele otorgar legitimidad social a una mujer y gratificación emocional, como ya lo ha señalado González (1994). En esta trayectoria —ya veremos que no en todas—, la maternidad se valora como una experiencia que las reconcilia con la vida de penuria que han tenido. Es un momento donde la vida se revalora y se plantean nuevos proyectos, nuevas preocupaciones y compromisos.

Pues mi hija es mi ángel. Ah, pero cómo me da guerra... La verdad, ella y mi esposo son lo más importante en mi vida y le doy gracias a dios por darme esta oportunidad de ser madre. Amo a mi hija, es lo mejor que me ha pasado en la vida y voy a darle todo lo que yo no tuve... sobre todo amor (Olga, 18 años. Primer embarazo, a los 16 años).

Ahora que nació, pues me siento muy bien, muy bien con mi niña. Me pongo a jugar con mi niña, a hablar con mi niña, se me olvidan todos mis problemas, me relajo más con ella, me siento tranquila; siento que tengo una vida muy plena, muy completa, porque antes me sentía sola: ahora tengo una familia... Antes, como que no le interesaba a nadie, como que no le importaba a nadie y ahora no, ahora alguien me espera: mi niña (Elena, 17 años. Primer embarazo, a los 16 años).

El amor por el hijo(a) es fuente de fortaleza, tranquilidad y bienestar para seguir adelante con la vida; todo cobra otro sentido: el amor a la nueva familia se torna relevante. La importancia personal emerge como una nueva experiencia. Hay una especie de sanación y reivindicación de sus vidas que las anima a seguir adelante. Si bien desempeñar el papel materno no es fácil, se reconocen en ese proceso y valoran el apoyo de las personas que están cercanas a ellas para habilitarlas en su tarea como madres. Como señalan Pantelides, Geldstein e Infesta (1995), estas mujeres encuentran en el hijo(a) un afecto reparador y, a la vez, se proponen darle el amor que ellas mismas no recibieron cuando fueron niñas.

De repente me desesperaba porque yo no sabía qué tenía, si era frío... o no sabía lo que luego tenía, por qué lloraba. Luego, mi mamá me decía: "Pues fíjate, porque luego cuando tiene algo por eso lloran; luego, hasta cuando les pica la ropa". Y yo me desesperaba y decía: "¡No! Me tengo que controlar, si yo quería hijo ¿no? Me tengo que controlar... no desesperarme y ponerme medio loca... ¡No! Tengo que ir aprendiendo". Y sí, ahora ya se me hace fácil (Ana, 17 años. Primer embarazo, a los 15 años).

Para estas jóvenes, el nacimiento del primer hijo es un punto de llegada y un punto de partida: la satisfacción de un logro desde donde miran al futuro con nuevos proyectos y también con nuevas preocupaciones; aunque, en realidad, la preocupación por la supervivencia se mantiene y se agudiza con las necesidades del hijo(a). De aquí en adelante, para ellas será primordial tener una casa propia —entiéndase por esto, en este contexto, tener un cuarto pequeño

de tabique techado con lámina dentro del predio de algún familiar, donde llevar una vida más o menos independiente como familia— o comprar un pequeño terreno donde comenzar a construir.

E: ¿Entonces, piensan en tener otra niña ahorita?

A: Ahorita, no.

E: ¿Entonces ya lo han hablado?

A: De tener otro niño, lo hablamos. ¡Ah! Porque él dijo que quería tener otro, pero yo le dije: "No, mira... A ver si podemos con éste, si podemos pues, ya, con el otro; pero, por ahorita, no. Deja que crezca un poco más, ya que camine, ya que crezca... Además, que ya terminemos de pagar el terreno" (Ana, 17 años. Primer embarazo, a los 15 años).

Si bien, al inicio, a estas mujeres se les dificulta su nuevo rol de madres, se esmeran en su desempeño, se muestran dispuestas a aprender y terminan por adaptarse a su nueva condición. Su situación en la pareja es estable, consideran que el nacimiento del hijo(a) las ha unido más a su pareja y, aunque pueden tener algunos problemas frecuentemente asociados a los celos, ellas se vislumbran unidas en el futuro.

Los varones, por su parte, han asumido sus papeles como esposos y padres. Es relevante que respondan como proveedores, pero también realizan algunos quehaceres domésticos —lo consideran una ayuda para la mujer—, y se involucran afectivamente con sus hijos, en el cuidado y atención a éstos(as).

E: ¿Cómo se organizan en la casa?

A: Pues, como los dos trabajamos, pu's ora sí que los dos hacemos lo de la casa. Él me ayuda, luego, cuando yo llego

muy tarde, ya llego y encuentro, pu's la cama ya tendida o ya encuentro ropa lavada. O sea que sí es responsable y también con su hija (Ana, 17 años. Primer embarazo, a los 15 años).

Tal parece que en esta trayectoria las entrevistadas se embarazan como una estrategia para unirse y formar una familia. Cuando deciden unirse, evalúan las condiciones de su relación —deben cuidar algunas premisas para lograr su objetivo— con la expectativa de que el varón corresponda a su intención de unirse. Aunque pareciera que en la vida de estas mujeres las consecuencias positivas a partir del embarazo y el nacimiento del primer hijo (a) son muchas, es importante aclarar que esto no significa que sus condiciones de vida cambien, ni que de aquí en adelante tendrán una vida estable y emocionalmente resuelta. El corte realizado para el análisis de este estudio se llevó a cabo poco tiempo después del nacimiento del primer hijo —máximo, cuatro años luego del embarazo—, por lo que en esta investigación no se abordan otras situaciones conflictivas posteriores. Con esto se quiere enfatizar que el embarazo no se trata de un final feliz en la biografía de estas mujeres. Simplemente que, al parecer, esta etapa de su vida significa un momento de vitalidad y confianza en sí mismas que nunca antes habían experimentado. El embarazo es un evento de resignificación que las revitaliza y les imprime fuerza para seguir adelante; como diría Coll (2001), el embarazo es experimentado como un resurgimiento a la vida. Hasta el momento de la entrevista, todas las adolescentes que siguieron esta trayectoria, menos Teresa, estaban unidas.

Llama la atención que sólo una de las adolescentes de este grupo no haya logrado su expectativa de unirse, por lo

que puede platearse la hipótesis de que esta trayectoria suele ser bastante exitosa entre las mujeres marginadas. Aún en el caso de Teresa, donde no se mantuvo la unión, el nacimiento de la hija se valora positivamente: hay cambios en la relación familiar y en la vida misma que la llevan a mirarse desde otra perspectiva. Su vida dio un giro en una dirección donde el futuro importa, donde la vida se valora y el camino por recorrer se mira con optimismo.

Mi mamá para mí ha sido lo mejor porque me ha dado todo, todo, todo... a cambio de nada. Le ha dado todo a mi niña desde que la estaba yo esperando. Ha sido mi apoyo, de verás... ahora que soy madre he entendido más a mi mamá y siento que estamos más cerca que nunca y con mi niña pues fue ella la que... que hizo que me alejara de... de la banda, de los chavos con los que me juntaba. Porque ya con mi niña ya no era lo mismo: ya no podía ir a... a hacerle paros a la banda, todo eso. Fue ella... fue ella la que me alejó de esa forma de vida y ahorita me siento bien porque, pues, ahorita lo que he escuchado es que a varios de mis amigos ya los mataron, a varios y ya los metieron a la cárcel. (Teresa, 17 años. Primer embarazo, a los 17 años).

Teresa se incluyó en esta trayectoria porque comparte las características con el resto de las mujeres de este grupo: sus expectativas estaban encaminadas al matrimonio y a la maternidad, se inició sexualmente considerando con su pareja la posibilidad de embarazarse, la notificación del embarazo tuvo una respuesta positiva de ambos y decidieron unirse, tuvo lugar la unión en la primera etapa del embarazo aunque ésta se interrumpió por la intervención de la suegra

antes del nacimiento del primer hijo. Este evento desvía la trayectoria sexual-reproductiva de la entrevistada y ella va a permanecer, hasta el nacimiento de su hija —cuando fue realizada la entrevista—, en condición de madre soltera. Es el retiro del su pareja y no el embarazo lo que marca un hito en la vida de la entrevistada. Genera en ella una incompreensión de lo ocurrido y una gran frustración porque ser madre soltera no estaba en sus planes. Su vida se complica a partir de este hecho por la demanda económica que implica la manutención y cuidados de su hija, las que asumirá con el apoyo de su madre. La entrevistada evalúa su futuro como incierto: considera que ahora, con una hija, no le será fácil encontrar una pareja, situación que la angustia y deprime. Sin embargo, llama la atención que sea la única adolescente, dentro de esta trayectoria, cuya acción estratégica no la conduzca a los resultados deseados.

Conclusiones

Todo parece indicar que ante la carencia de oportunidades, la opción más cercana que tienen las mujeres para construirse una imagen digna y positiva de sí mismas es la maternidad y la conyugalidad. La posibilidad de una expectativa de vida diferente al embarazo y al matrimonio estaría más en función de las alternativas que las adolescentes puedan generarse a partir de una subjetividad más autónoma y orientada por referencias externas a su contexto.

Las entrevistas biográficas ponen en evidencia que las adolescentes marginadas que se embarazan muestran un patrón que se aleja de lo que en la literatura se ha dado en llamar secuencia tradicional de los eventos reproductivos, que supone el siguiente orden: unión, inicio sexual, primer

embarazo y nacimiento del primer hijo (Solís, Gayet y Juárez, 2008). Ya que en esta trayectoria unión se da como consecuencia del embarazo.

Se puede observar un proceso de ajuste, con gran capacidad de adaptación por parte de las mujeres, a las nuevas condiciones y roles de esposas y madres. Es decir, podríamos referir que en la trayectoria se apega a un libreto o guion de vida que el contexto de marginación en cuestión posibilita, acciones que son cultural y socialmente aceptadas, y hasta promovidas. Es así como el embarazo se convierte en un evento de reconfiguración de la vida a partir del cual hay una reorganización de los roles y de las prácticas así como una elaboración de una perspectiva de futuro en la que el bienestar del hijo es central y da un sentido a la existencia de las entrevistadas. El embarazo es la consumación de un proyecto anticipado.

Como hemos visto, la articulación entre la secuencia de los eventos que conforman la trayectoria sexual-reproductiva, las expectativas de vida de las mujeres y el significado que ellas le otorgan al embarazo una vez que éste se presenta, resultan en cursos de vida, hasta cierto punto compartidos por las seis participantes.

Los itinerarios vitales de estas mujeres, a través de los cuales se convierten en madres, están signados por el contexto, es decir, las coordenadas sociohistórica y territoriales, las cuales actúan a través de dispositivos institucionales como la familia, la escuela, el trabajo y la pareja; y por las situaciones biográficas específicas. Las trayectorias se configuran a través de una determinación multidimensional. El contexto socioeconómico opera como expresión de la desigualdad social a través de los estilos de vida que éste genera y, por otro lado, el nivel institucional se expresa a

través de los modelos familiares, maritales, laborales y escolares que privan en el contexto. Con lo que la trayectoria sexual reproductiva es un proceso de carácter biográfico y es también resultado del conjunto articulado de acciones y opciones del sujeto, de su perspectiva de futuro, de sus estrategias y decisiones, así como de la forma en que dispone de los recursos o activos sociales que tiene a mano.

Podemos decir que la trayectoria que describen las adolescentes es el resultado de una trama compleja de acciones, decisiones y oportunidades ofrecidas por el contexto. Esta trayectoria sexual reproductiva está limitada por las condiciones estructurales y por la dimensión subjetiva que opera en las decisiones y estrategias que llevan a cabo estas mujeres en su vida sexual y reproductiva.

REFERENCIAS

- Ariza, M. y Oliveira, O. (2000). Inequidades de género y clase: algunas consideraciones analíticas. *Revista Nueva Sociedad*, 164, 70-81.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1976). *La construcción social de la realidad*. Argentina: Amorrortu Editores.
- Bertaux, D. (1999). El enfoque biográfico. Su validez metodológica, sus potencialidades. En *Proposiciones* Vol.29. Santiago de Chile: Ediciones SUR. Obtenido desde: <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=436>. [Consultado en: 07-01-2017]
- Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de Población*, 8, 95-21.
- Bourdieu, P. (1998a). *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (1998b). *Capital cultural, escuela y espacio social*. México: Siglo XXI.
- Casal, J. (2006). Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición. *Papers*, 79, 21-48.
- Casal, J. (2002). Tva y políticas públicas sobre juventud. *Revista de Estudios de Juventud*, 59, 35-49.
- Climent, G. (2001). *Maternidad adolescente: ¿Una situación conflictiva?* Ponencia presentada en XXIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Guatemala, 29 de octubre a 2 de noviembre.
- Climent, G. y Anas, D. (1996). Estilo de vida, imágenes de género y proyecto de vida de adolescentes embarazadas. *Revista de la Sociedad Argentina de Ginecología Infanto Juvenil*, 3(2), 47-56.
- Dávila, O. (2002). Biografías y trayectorias juveniles. *Última Década*, 10(17), 97-116.
- Du Bois-Reymond, M., Plug, W., Ferreira, V. Machado, J., Klely, E., Lorenz, W., Bendit, R. y Hein, K. (2002). Transiciones modernizadas y políticas de desventaja: Países Bajos, Portugal, Irlanda y jóvenes inmigrantes en Alemania. *Revista de Estudios de juventud*, 56, 55-75.
- Elder, G. (1985). Perspectives on the life course. En E. Glen (ed.), *Life course-dynamics, trajectories and transitions* (pp. 23-9). USA: Cornell University Press.
- Elder, G. (1987). Families and lives: some developments in life-course studies. *Journal of Family History*, 12(1-2), 170-199.
- Fairson, P. (2006). *Embarazo y maternidad adolescente en la escuela media. Una discusión sobre las miradas deterministas de las trayectorias escolares de adolescentes embarazadas y madres en contextos de pobreza*. Argentina: Miño y Dávila Editores.
- Ferrarotti, F. (1988). Biografía y ciencias sociales. En *Historia oral e historia de vida*. Cuadernos de Ciencias Sociales número 18 (pp.81-96) Costa Rica: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO.
- Machado, J. (2000). Laberintos de vida: paro juvenil y rutas de salida. *Estudios de Juventud*, 56 (2), 87-101.
- Manzano, N. (2002). Iniciativas de la Unión Europea que promueven la prevención de la inadaptación y la exclusión social. En C. Velez. *Intervención educativa en sujetos con desadaptación social*. Madrid: UNED.
- Martín, E. (1998). *Producir la juventud. Crítica de la sociología de la juventud*. Madrid: Istmo.
- Mora, M. y Oliveira, O. (2009b). Responsabilidades familiares y autonomía personal: elementos centrales del proceso de transición a la vida adulta. *Estudios Sociológicos*, XXVII (81), 801-835.
- Mora, M. y Oliveira, O. (2009a). Jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades. *Estudios Sociológicos*, XXVII (79), 267-289.
- Oliveira, O. y Mora, M. (2008). Desigualdades sociales y transiciones a la adultez en el México contemporáneo. *Papeles de Población*, 57, 117-152.
- Organización Panamericana de la Salud (1988). *Fecundidad en la adolescencia. Causas riesgos y opciones*. Cuaderno técnico, número 12. Washington D.C.: Organización Mundial de la Salud.
- Pais, J. (2002a). Laberintos de vida: paro juvenil y rutas de salida en jóvenes portugueses. *Revista de Estudios de Juventud*, 56, 87-101.

- Piña, C. (1988). *La construcción del "sí-mismo" en el relato autobiográfico*. Documento de Trabajo. Santiago Chile: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Redondo, J. (2000). La condición juvenil: entre la educación y el empleo. *Última Década*, 12, 175-223.
- Román, R., Carrasco, M., Valdez, E. y Cubillas, M. (2000). Noviazgo y embarazo: una mirada a las trayectorias de amor y conflicto en mujeres adolescentes embarazadas. En C. Stern y C. Echarri (comps.), *Salud reproductiva y sociedad. Resultado de investigación* (pp.147-176). México: El Colegio de México.
- Salcedo, A. (2000). La experiencia del embarazo y su atención en adolescentes de estratos medio, popular y marginal. En C. Stern, y C. Echarri (comps.) *Salud reproductiva y sociedad. Resultado de investigación* (pp.199-231). México: El Colegio de México.
- Saraví, G. (2004). Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural. *Revista de la CEPAL*, 83, 33-48.
- Saraví, G. (2009a). Juventud y sentidos de pertenencia en América Latina: causas y riegos de la fragmentación social. *Revista CEPAL*, 98, 47-65.
- Saraví, G. (2009b). Desigualdad en las experiencias y sentidos de la transición escuela trabajo. *Papeles de Población*, 15(59), 83-118.
- Solis, P., Gayet, C. y Juárez, F. (2008). Las transiciones a la vida sexual, a la unión y a la maternidad. En S. Lerner e I. Szasz, (coords.), *Salud reproductiva y condiciones de vida en México. Volumen I* (pp.397-430). México: El Colegio de México.
- Stern, C. y García, G. (2001). Hacia un nuevo enfoque en el campo del embarazo adolescente. En C. Stern, Claudio y J. Figueroa (coords.), *Sexualidad y salud reproductiva. Avances y retos para la investigación* (pp.331-364). México, D.F.: El Colegio de México.
- Szasz, I. (1998a). Sexualidad y género: algunas experiencias de investigación en México. *Debate Feminista*, 9 (18), 77-104.
- Wolf, M. (1979). *Sociologías de la vida cotidiana*. Madrid, España: Editorial Cántabra, Colección Teorema.

Este libro se desprende del Foro "La mirada psicosocial: metodologías, actores y procesos" realizado entre la Sociedad Mexicana de Psicología Social y la Facultad de Ciencias Humanas de la UABC. En éste se plantea, antes que recetas sobre cómo hacer investigación psicosocial, un camino de preguntas con respuestas transitorias y miradas inacabadas. Lo hace a través del recuento de experiencias de investigación posicionadas en diferentes tradiciones epistemológicas y en el diálogo con otras disciplinas sociales. El texto da cuenta de distintas estrategias metodológicas con el objetivo de ponerlas a disposición de las nuevas generaciones de estudiantes de licenciatura y posgrado en psicología y psicología social.

ISBN: 978-607-407-446-6



9 786076 074466

ISBN: 978-607-407-404-4



9 786074 074044